

Ese es el mayor triunfo, el mayor goce  
que la lucha nos brinda, de la vida;  
y, si el hombre vulgar no lo conoce,  
es que un alma de bruto en él se anida.

Yo he tenido enemigos y envidiosos  
(ellos de mí, se entiende,  
pues el odio mi alma no comprende)  
¿quién habrá que en la vida no los tenga?  
y, cual viles reptiles venenosos,  
he podido aplastarlos, disfrutando  
el humano placer del que se venga.  
¡Humano, sí! porque, si fué divino,  
fué en el mundo pagano,  
y Jesús, el celeste peregrino,  
condenó la venganza en el cristiano.  
Nada más fácil que vengar la injuria  
ó revolcarse en cínica lujuria,  
y, en todo, dar el triunfo al egoísmo;  
pero la gran victoria  
es vencerse á sí mismo:  
ese es el triunfo digno de la gloria.  
¿Nunca el placer, tal vez, habeis sentido  
de descifrar charadas;  
ni os habeis, por ventura, entretenido  
en esas mil nonadas  
de sacar, con los naipes, solitarios,  
sin tener contrincantes ni adversarios;  
ni en hacer carambolas  
difíciles, á solas;  
ni en resolver problemas logográficos,  
ó saltos de caballo, ó jeroglíficos;  
ni en conseguir que un gato os obedezca,  
ó un pichón sus caricias os ofrezca?

Pues no sabeis lo que es el goce puro  
de sacar al ingenio de un apuro;  
ni podeis comprender el infinito  
que encerraba de Arquímedes el grito,  
el ¡Eureka! sublime  
que acerca el hombre á Dios, y le redime.

Pero ¿qué es ese goce  
al lado del que siente quien conoce  
que triunfa de sí mismo? Esa victoria  
es como un anticipo de la gloria.

Y, ese triunfo logrado,  
¿qué es triunfar del dolor? Bien estudiado,  
uno es batalla y otro escaramuza;  
la voluntad, impávida, campea  
en una y otra; la razón aguza  
sus armas; y es un triunfo la pelea.  
Así el santo domina tentaciones;  
el mártir, con empeño, su fe afirma;  
la virgen se refugia en oraciones;  
el héroe con su sangre se confirma.  
Y el de Asís, Simeón, Santa Teresa,  
son ejemplo patente  
de lo que alcanza voluntad potente,  
aun en endeble cuerpo estando presa.  
Yo estoy, por mi desgracia, harto distante  
de ser héroe ni santo:  
soy soberbio, imperioso, dominante;  
de una araña me espanto;  
me irrito y me arrebató á cada instante;  
me roen los microbios de la duda,  
aunque, contra ellos, pido á Dios ayuda;  
me acusa la conciencia  
de no hacer por mis culpas penitencia;

soy torpe, perezoso,  
poco caritativo,  
de mi vano saber algo orgulloso,  
en mi crítico afán harto incisivo;  
mil veces el pecado de impureza  
manchó mi pensamiento,  
y, aunque nunca ha llegado ni aun á intento,  
me acuso de lujuria de cabeza;  
diré, en fin, cual si fuera á confesarme,  
que el diablo en nada puede desecharme.  
Si algo tengo de bueno, es que mi boca  
pura está de blasfemia y suciedades  
y que mi gran voluntad siempre sofoca  
del vil rencor las ansias de ruindades,  
y que de mi soberbia el gran pecado  
(¡perdonadme, Señor, esta disculpa,  
si es que puede atenuar mi mayor culpa!)  
surge en mí como fruto ó resultado  
de una comparación; yo soy humilde;  
cuando, á solas, conmigo me confieso  
no suelo perdonarme ni una tilde  
y en mi contra sentencio mi proceso;  
pero luégo en la vida, en torno mío,  
hallo tanta miseria, vicio tanto,  
tanta vileza, tanto desvarío  
tanta ignorancia, tanta cobardía,  
que de todo me espanto  
y, sin querer, se exalta el alma mía  
ante tanta abyección abominable,  
y su supremacía  
afirma con orgullo irremediable,  
y, en mis obras, palabra ó pensamiento,  
olvido mis flaquezas un momento

y fluye la soberbia censurable  
en forma de desprecio ó lo que sea  
del mundo anti-ideal que me rodea;  
de este mundo, ante el cual yo me sublevo  
y del que hacer quisiera un mundo nuevo  
como el que tengo aquí, en mi inteligencia;  
aquí, en mi voluntad y en mi conciencia;  
sin ver que no soy más que un desdichado  
al banco del dolor bien amarrado.  
Eso soy y así soy: tanto defecto  
me deja en lo inferior de lo imperfecto.

Pues bien: á mí me basta,  
siendo de tan vil pasta,  
con esta voluntad que Dios me ha dado,  
para hacer que el dolor quede achicado,  
por tremendo que sea,  
hasta dejarlo ya casi anulado  
cuando con él sostengo una pelea;  
y las armas que empleo,  
cuando con él peleo,  
las saco de mi fe; y me las afila  
la razón que los monstruos aniquila.

Yo, firmemente, creo,  
no con la boca (que es lo más corriente  
en los que pasan por piadosa gente  
y rezan el rosario  
por lo menos dos veces á diario  
y creen que, pegándose en el pecho,  
dejan á Dios contento y satisfecho)  
sino por dentro, con conciencia entera,  
que es inmortal el alma;  
y que nuestra existencia pasajera  
sanción tendrá de látigo ó de palma,

en ese más allá, magno misterio,  
eterno enigma del saber más serio.  
No necesito más; y, al que es cristiano,  
eso debe bastarle  
para luchar, con brío soberano,  
con el dolor más fiero hasta aplastarle.  
Cuando yo entre dolores me retuerzo,  
¿tengo más que pensar, sin otro esfuerzo,  
en que el dolor que así nos acomete  
y nos pone en el brete,  
cuando la sangre ó el aliento abrasa,  
de ensuciar nuestra boca en la blasfemia,  
no es, en resumen, más que un mal que pasa,  
producto personal ó de epidemia,  
y que, aunque mucho dure,  
horas, días, semanas, meses ó años,  
y hasta lustros y décadas perdure  
haciendo en nuestros cuerpos graves daños,  
todo ello es un instante de tortura  
de una vida que eternamente dura?  
Aquel «todo se pasa» teresiano  
que al gran «sólo Dios basta» da la mano  
materia son al alma, suficiente  
para elevarla á la región serena  
en que todo dolor y toda pena  
entra revuelto en la vital corriente  
del eterno pasar, kaleidoscopio  
en que todo se ve con telescopio,  
y, tras cuyas mudanzas, se adivina  
que una mano lo mueve, la divina,  
y que es aquella cinta cinemática  
de nuestra vida la expresión dramática.  
¿Y si, además, pensamos que es posible

que Dios, con el dolor, nos ponga á prueba,  
por ver si somos dignos de su gloria?  
¿Quién no se siente entonces insensible,  
por alcanzar tan ínclita victoria?  
¡Creedlo: si el dolor os atribula,  
levantad vuestro espíritu á lo alto;  
alzad la voluntad contra su asalto  
y vereis que el dolor casi se anula!

## XXII.— La toma de Polipópolis.

Yo, al menos, mientras Tapia maniobraba,  
mis dolores calmaba  
haciendo todas estas reflexiones  
por mejor resistir tantos tirones.  
Hora y media duró la horrible brega,  
en que por poco el alma á Dios se entrega,  
hasta que Tapia, alegre y jadeante,  
descuajó á Polipópolis triunfante.  
—¡Aquí está!—dijo—el pólipo mostrando,  
como una nuez, de grueso,  
transparente, rosado, informe y blando  
cual pulpa de cereza sin el hueso.  
Yo casi no lo ví, entregado todo  
al placer de sentir en mis narices  
el aire circular, mis cicatrices  
refrescando de un modo  
que me tenía loco de contento,  
valiendo aquel momento  
de placer por los muchos malos ratos

que me dieran los viles mentecatos  
que, viviendo á mi costa,  
querían despacharme por la posta.  
Dióme Tapia el espejo;  
y, al respirar, dos chorros lo empañaron  
de vapor, que lanzaron  
mis narices, chocando en su reflejo.  
Quien no pasa por largos padeceres  
ignora de la vida la amargura;  
pero quien no conoce esa tortura,  
de la salud ignora los placeres.  
¡Con qué gusto sentía en mis pulmones  
aquellas oleadas de aire sano  
refrescándome todos los rincones  
que aire reclaman en el cuerpo humano!  
¡No hay manjar más sabroso  
que aquel aire tan fresco y delicioso!  
Cuando, tapada mi nariz con gasa  
que no impedía circulara el aire,  
regresamos á casa  
y vimos los balcones  
luciendo con donaire  
banderas, colgaduras y blasones,  
Madrid nos pareció que se asociaba  
al triunfo que nuestra alma celebraba;  
y hasta Dios en el cielo parecía  
celebrar con su luz nuestra alegría.  
El Doctor Tapia me ordenó volviera,  
para reconocerme y arreglarme,  
á los tres días; y volvió á sacarme  
dos polipitos más que, en la ladera  
del vomer, tras la espesa pituitaria  
estaban escondidos.

## XXIII.—De Tapia á Galicia.

La región narigaria  
quedó así limpia; sólo los oídos  
fétido pus segufan destilando  
mi estómago infestando.  
Del etmoides, allá, en la laminilla,  
donde, sin una operación cruenta  
no se podía penetrar, quedaba,  
encastillada en singular Bastilla,  
la legión polipil más virulenta  
que mi tranquilidad amenazaba.

Yo estaba bien dispuesto,  
á trueque de acabar con mi enemigo,  
á batir con tesón aquel abrigo,  
dando ya por supuesto  
que en paz con él vivir jamás podría;  
y á todo me prestaba sin jactancia.  
El Doctor concedió poca importancia  
al caso; y afirmó no merecía  
el cáliz apurar del sufrimiento  
para lograr lo que el transcurso lento  
del tiempo, por sí solo, lograría.  
Mandóme que, con agua oxigenada,  
lavase mi nariz, recomendando  
que le volviese á ver de vez en cuando;  
y dió su alta misión por terminada.

Pasaron varios meses,  
primavera y verano y llegó otoño;  
y el fecundo retoño  
de aquellos endiablados polipeses

que en el seno frontal se refugiaran  
proseguía la guerra,  
sin que sus fieras iras se calmaran,  
amenazando dar conmigo en tierra.  
Aquella posición inexpugnable,  
con acierto estratégico elegida,  
les dejaba salida  
á toda vía desde allí atacable.  
Ellos continuaban recibiendo  
las remesas de pus de la Otolandia  
que, con sangre y uratos refundiendo,  
mezclados con el moco de Rinlandia,  
formaban cristalitos verdirrojos  
que picores causaban en los ojos  
y, yendo por arterias y por venas,  
ya solos ya en cadenas,  
intestinos y estómago invadían  
y trastornos continuos producían;  
y, como yo, además, suministraba  
todos los materiales,  
pues de mi pobre cuerpo se extraían  
por aquellos ingratos animales  
que á mi costa vivían,  
flacucho y macilento me quedaba  
mientras mi vida entera se arruinaba.  
Es como esos Ministros sin vergüenza  
que en las espaldas del país se ahupan  
y, engordando sin fin, su sangre chupan  
y habrán de hundirle en cuanto el peso venza.  
Hubiera preferido que una horda  
de una vez me acabara,  
á aquella guerra sorda  
que en paz ni aun un minuto me dejara.

Pero ¡no!... ¡no, Dios mío!...

¡perdón, si he blasfemado!

Bien sabes que, si siempre en Ti confío,  
siempre á todo dolor me he resignado;  
y, si la pluma se me fué un momento,  
fué involuntario el torpe movimiento;  
pues, conforme con todo, mi alma grita:  
«¡Viva la gallinita aun con pepita!»  
El caso es que yo estaba quebrantado  
y con mucha razón preocupado  
por aquella fluxión que me gastaba  
y que mi sangre toda envenenaba.

Apuré los remedios  
que Tapia y Hauser, sin gran fe, dictaron  
y puse cuantos medios  
otros sabios Doctores recetaron  
para sacarme bien de mis apuros:  
el agua oxigenada, los yoduros,  
borisol, yodalosis,  
digitalina y todos los cardiacos;  
y su curso seguía la esclerosis,  
y mi sangre y mi moco más opacos,  
sin que el régimen nada consiguiera  
aunque al de leche sola me pusiera.  
Era un dolor el verme así extinguirme  
y en mi combustión propia consumirme,  
cuando el Señor, de mí compadecido,  
quiso premiar con celestial caricia  
tanta resignación; y, cual llovido  
del cielo, me encontré al Doctor Galicia.  
Un gran amigo mío de Toledo,  
Don Rafael Menor, á cuya esposa,  
del sepulcro no estando ya ni á un dedo,

salvó el Doctor de muerte dolorosa  
por todos los conspicuos decretada,  
de Galicia me habló de tal manera  
que gran torpeza fuera  
su ciencia no probar tan celebrada.

Es el Doctor Galicia  
(Fernando Hernández) médico homeópata  
y que al principio fué Doctor alópata,  
hombre en que apenas la vejez se inicia,  
acabado modelo de hombre sano  
del afamado tipo valenciano:

de simpático aspecto,  
rostro abierto, mirada escrutadora,  
serio sin gravedad, siempre correcto,  
calmoso sin pachorra, voz sonora,  
hombre que inspira grata confianza  
y el corazón nos llena de esperanza.  
Mi historia le conté punto por punto  
y, una vez enterado del asunto,  
y después de pulsarme,  
garganta, oídos y narices verme,  
la lengua examinar me,  
corazón y pulmones auscultarme  
y bien reconocer me,  
dijo así: Para mí no cabe duda  
que es usted un artrítico  
salido apenas de pelea ruda,  
de la que ya pasó el instante crítico  
pero al que hay que cuidar, si han de evitarse  
los peligros que pueden presentarse.  
Hay que atacar el mal en sus raíces  
sin dejar de atender á las narices;  
por eso, al levantarse y acostarse,

con gotas de kosmol en agua tibia  
 lavará la nariz, que así se alivia  
 esa supuración; luégo, una dosis  
 de diez glóbulos toma, hasta que acabe  
 este tubo, pues la arterio-esclerosis  
 pretendo combatir, porque es lo grave.  
 —¿Y me podré curar?

—El daño es hondo  
 y me duele se tenga desengaños;  
 pero, en unos tres años,  
 de curarle respondo.

—¡Dios le oiga, Doctor!

—Esté tranquilo;  
 que, conocido el mal, yo lo aniquilo.

#### XXIV.—El viernes de Dolores.

Pasados unos días,  
 los efectos sentí del tratamiento;  
 pues dejó de ser fétido el aliento  
 y tan acres mis largas acedías.  
 Y así pasé semanas y semanas,  
 siguiendo del Doctor las instrucciones,  
 viendo que sus promesas no eran vanas,  
 mejorando mi sangre y sus funciones.  
 Era lenta, sin duda, la mejora;  
 pero era suficiente  
 para hacerme vivir entre ilusiones  
 que Galicia, con voz alentadora,  
 mantenía constante y firmemente  
 diciendo que mi mal acabaría  
 y, á los tres años, la salud vendría.  
 Mucho dieron que hacer los globulitos

á los fieros tenaces biribitos;  
pues, siendo muy golosos,  
corrían, al principio, presurosos  
á comerse el azúcar que contienen  
y, cual ratón que, á la atracción del queso,  
cae en la trampa y queda patitieso,  
así los polipenses van y vienen  
por aquel agua dulce, comen, cenan  
y, sin saber lo que hacen, se envenenan.  
Quebrantadas las huestes enemigas  
por esta mortandad, nada de extraño  
tenía que, en mi boca, aquellas ligas  
de sangre, pus y moco no siguieran;  
pero hasta de este bien resultó un daño,  
si no mayor, al menos de otra casta:  
los convoyes de pus, que remitieran  
los otobios, quedaban atascados  
formando en la frontera espesa pasta  
por faltar los que allí los recibieran;  
y, no encontrando el pus por otros lados  
salida natural, poquito á poco  
se acumulaba allí, é iba obstruyendo  
de la trompa de Eustaquio el desemboco,  
mi salud otra vez comprometiendo,  
mucho más cuando no era presumible  
que ocurriera trastorno tan sensible.  
Y llegó el año 11; y, confiando  
en que mi curación siempre adelanta  
los aires de la Sierra respirando,  
decidimos pasar Semana Santa  
en nuestro lindo hotel de Vistabella.  
Pedí autorización para tres días,  
aunque hay quien se la toma á trochemoche,

y, como estaban las mañanas frías,  
un miércoles vinimos por la noche  
trayéndonos de abrigos un rimerero;  
con éstos, unas mantas y un brasero  
pensamos defendernos bravamente;

y, por si algo pasara  
que la asistencia médica exigiera,  
no faltaba Doctor que la atendiera  
y que de nuestro apuro nos sacara.  
Tienen en Guadarrama la fortuna  
de contar con un médico excelente,  
enciclopedia médica viviente  
á quien no asusta enfermedad alguna.

Ilustrado, celoso, inteligente,  
muy serio, cariñoso,  
algo ceremonioso,  
de palabra medida y sentenciosa,  
frente nublada, grave y misteriosa,  
joven aún y viudo con cuatro hijos  
á cuya educación vive entregado,  
sin que el pueblo con él haga acertijos,  
es de padres y viudos un dechado  
que, por su idiosincrasia ó por sistema,  
ve negro todo clínico problema.

Es leonés y el tipo lo pregona;  
excelente persona.

corte de hidalgo de la noble España,  
de esos que halla Pereda en la Montaña;  
lleva un nombre, sacado de un romance,  
que suena á trovador ó á gran cacique  
en amoroso ó belicoso lance:

Don Lisardo Manrique;  
y, con gusto, la gente lo imagina

arrancando á un laud notas sonoras  
á los pies de Beatrices ó Leonoras,  
ó montando el corcel que le encamina  
al castillo roquero  
donde ondea el pendón del caballero.  
Con mucho gusto yo le vestiría  
una cota de malla;  
su testa con un casco cubriría  
bajada la visera  
y, jinete en caballo de batalla,  
lanza en ristre; en la zurda, la bandera,  
un ejemplar magnífico tuviera  
de los Alfonsos, Alvaros, ó Nuños  
que, «¡Patria y Fe!» teniendo por divisa  
y fiando en la fuerza de sus puños,  
ó en el campo quedaban, la sonrisa  
del mártir en los labios, ó la gloria  
lograban con espléndida victoria,  
¡Basta! Mi fantasía toma el vuelo,  
se me va el santo al cielo  
y el hilo pierdo de mi triste historia.  
¡Perdón, pños lectores, mil perdonos  
por estas digresiones!  
Pues instalados ya en nuestra casita,  
estábamos en un gabinetito  
con ventana al jardín, muy chiquitito,  
en torno de una pobre camillita  
con un liliputiense braserito,  
mi mujer, la abuelita  
y yo. De los Dolores  
el viernes era, y el reloj marcaba  
poco más de las once. Yo dictaba  
el trabajo mensual de mis amores,

el artículo que hago ha muchos años  
    en «La España Moderna»,  
    esté en Madrid ó en Baños,  
Santander ó París, La Haya ó Lucerna;  
pues, con salud ó en pleno sufrimiento,  
escribo ó dicto lo que pienso y siento;  
y, una vez adquirido un compromiso,  
jamás, para cumplirlo, estoy remiso.  
No estando aquí Teresa ni Fernando,  
ella en Zamora, en fiestas alternando,  
él á sus clases todavía yendo,  
mi mujer de amanuense me servía;  
pues, desde que me andaban componiendo,  
yo bajar la cabeza no podía;  
el moco, sangre y pus se aglomeraba  
    en cuanto la bajaba,  
y, aun hoy, si echo una firma, necesito  
en el aire tener el manuscrito,  
Así, pues, trabajaba en la camilla,  
cuando gran ruido armó la campanilla;  
era un proveedor, una huevera,  
y salió mi mujer á ver lo que era.

    En aquel mismo instante,  
    ¿qué pasó en mí, Dios mío,  
para ataque tan rudo y fulminante?  
    Sentí un escalofrío,  
bailaron en sus órbitas mis ojos,  
    me levanté anhelante,  
dí un paso, lancé un grito y fuíme á tierra,  
saltando á la camilla mis anteojos  
y dando mi cabeza brincos tales  
que sólo el recordarlos aún me aterra;  
cual si un resorte mágico en funciones

de potencia y de temple colosales  
en mis últimas vértebras saltara,  
así, entre formidables convulsiones,  
mi testa-proyectil se disparara  
en las más encontradas direcciones.  
¿Habéis visto esas cajas de juguete  
que, al tocar un botón, abren el paso  
á un muñeco con gorro y colorete  
sobre espiral de alambre envuelta en raso?  
Pues, como al distenderse aquel resorte  
el muñeco se estira en salto pronto,  
así yo, distendido mi soporte,  
en bruscas sacudidas, como tonto,  
movía mi cabeza desgajada,  
mi médula estirando desquiciada,  
con tan rápidos saltos, tan violentos  
cual de epilepsia horribles movimientos.  
Acudieron el guarda y la guardesa,  
mi mujer con su madre y las criadas;  
y, con todas sus fuerzas concertadas,  
apenas si podían la sorpresa  
de mis brincos domar. Ni un solo instante,  
de mis actos, conscientes ó inconscientes,  
la conciencia perdí; me daba cuenta  
de mi pendolear desconcertante,  
de la angustia de todos los presentes,  
del estupor de crisis tan violenta.

¿Qué me había pasado?

¿El brasero, tal vez, que tufo diera,  
aunque ninguno tufo percibía,  
pero que es muy posible efecto hiciera  
en un enfermo como yo, cargando  
mi cabeza, y mi sangre envenenando?



Caf en el mismo instante;  
el vientre, hecho un tambor, terso y tirante,  
con furia y rapidez se descompuso  
y, en un decir «¡Jesús!», todo me puso  
cual quien con chicos duerme, de flamante.  
En esto llegó el médico; y dispuso  
en la cama meterme bien caliente  
y, á guisa de emoliente,  
para aliviar del vientre el timpanismo  
y hacer entrar en orden mi organismo,  
aplicarme compresas de agua hirviente.  
¡Qué procesión se armó para llevarme!  
Mi sistema motor tan mal andaba  
de suelto y relajado  
que, al ir á levantarme,  
me torcía y doblaba  
como nene de trapo estropeado.  
La abuela y mi mujer me sostenían.  
Don Lisardo mi testa sujetaba,  
Mauricia y Angelita me tenían  
y el guarda á unos y á otros ayudaba;  
y así, medio á la rastra medio envilo,  
en los rostros leyendo «¡á Dios apele!»  
y de mi dirección perdido el hilo,  
en la cama caf como un pelele.  
Algo, allí, mis violencias se calmaron  
y muy bien las compresas me estuvieron,  
pues mi gran timpanismo redujeron  
y mis nervios revueltos aquietaron.  
Aunque nada dormí en aquella noche,  
tan repuesto me hallé al siguiente día  
que, aunque con pena, por si el mal volvía,  
para irnos á Madrid se avisó al coche.

Todavía estuvimos vacilando,  
        pues el tiempo cambiaba;  
pero, aunque yo seguía mejorando,  
pensando en recaídas, me asustaba.

    La vuelta fué dichosa  
y yo pude regir mis movimientos  
cúal si estuviera ya normal la cosa;  
mas, la noche de Ramos, mis alientos  
cayeron otra vez: el nuevo ataque  
tan violento no fué; pero, en desquite,  
tres años van y no hay quien de él me saque  
ni de raíz, del todo, me lo quite.  
Desde entonces estoy como un sonámbulo;  
y, cuando puedo andar, nunca seguro  
estoy de no caerme, y con apuro  
ando cual en su cuerda anda el funámbulo.

#### XXV.—El mal incógnito.

    Llamamos con gran fe al Doctor Galicia,  
que me vió, se enteró, dijo que aquello  
    no tenía malicia,  
pues se explicaba bien como un destello  
de mi antigua afección circulatoria  
    y mi arterio-esclerosis;  
de globulitos me dejó unas dosis  
y quedéme encantado de su historia.  
    Mientras quieto me estaba,  
    casi normal me hallaba;  
pero, apenas hacía un movimiento,  
el pelele otra vez resucitaba  
haciendo de las suyas al momento.  
Para ir de mi alcoba al gabinete,

necesitaba, al menos, tres personas;  
pues mis piernas hacían ocho ó siete  
ó dibujaban curvas de coronas.  
Mover yo la cabeza á cualquier lado  
era servir de espanto ó de ludibrio;  
pues miedo y risa daba al que, asustado,  
me veía perder el equilibrio,  
La pícara colonia de rinobios  
que quedó aposentada en mis narices,  
abriendo sin cesar mis cicatrices,  
          pactó con los microbios  
que habitan en los altos del etmoides,  
          y, en los senos frontales,  
comercian con los graves cerebroides,  
raza gomoso-intelectual que puebla  
las circunvoluciones cerebrales,  
que habían de servirse mutuamente  
«en los días de sol y en los de niebla»  
(es la fórmula que usa aquella gente)  
          hasta acabar conmigo;  
pues era claro cual la luz del día  
que, comiendo y bebiendo á costa mía,  
          yo era su enemigo.  
En la silla vital del esfenoides,  
como sitio escondido á las miradas;  
ponentes siendo allí los cerebroides,  
que son sin duda alguna los más listos;  
todas las circunstancias bien pesadas,  
y todos los antecedentes vistos,  
se acordó la manera de perderme:  
el hilo que dirige el movimiento  
          quedaría cortado;  
y, de ese modo, cuando yo, al moverme,

viese que era imposible todo intento,  
me había de poner desesperado  
gastando en mil rabietas mi energía;  
y, cuando andar quisiera,  
de espaldas ó de bruces caería  
y la crisma era fácil me rompiera.  
Y así lo hicieron; pero no contaron  
con que mi inteligencia estaba alerta  
y mi gran voluntad siempre despierta  
y una y otra la trama adivinaron.  
Lejos de derrochar mis energías  
en desesperaciones sin provecho,  
yo sonreía, casi satisfecho  
de verme haciendo eses por las vías;  
porque era, en realidad, caso de broma  
verme de mamarracho,  
pasando por borracho  
yo, que, en punto de vino, ni aun soy coma.  
Por lo que hace á caerme,  
pasada la sorpresa  
que me llevé al rodar junto á la mesa,  
buen cuidado tenía de cogirme,  
cuantas veces había de moverme,  
del brazo de mi Life ó de Terina,  
mi graciosa é indómita sobrina;  
de su hermano Fernando,  
el muchacho más serio aun bromeando;  
ó de la pobre abuela  
con sus ochenta y cinco y lo que cuele;  
ó de la antigua fámula Mauricia,  
la alcarreña que quita la ictericia;  
ó de Ángela la cándida doncella  
que, si no habla con alguien, se habla ella;

ó de cualquier persona  
que haya á mi alcance, si su amor la abona;  
de modo que jamás una caída  
puso en riesgo mi vida,  
y así mis enemigos no lograron  
el triunfo que tan fácil se pintaron.

Pero, en fin, el caso era  
que yo mis movimientos no regía;  
que el timón me faltaba  
con que á mi cuerpo recto impulso diera;  
que me hallaba sin guía  
y que mi voluntad no gobernaba  
ó, al menos, nada en mí la obedecía.  
Cuando en mis piernas pude sostenerme,  
al Doctor Hauser acudí, que, al verme  
en su despacho entrar como un beodo,  
sus ojos no creía  
no explicándose el verme de aquel modo.

Le expliqué lo ocurrido  
y nada quiso hacer sin que me viera  
antes el Doctor Tapia, y el oído,  
con celosa atención, reconociera;  
pues Hauser presumía  
que la causa del mal allí estaría.  
Y á Tapia fui, que sorprendióse al verme  
sin poder en mis piernas sostenerme.  
Vuelvo otra vez á referir el caso  
y Tapia examinóme «por si acaso»,  
aunque afirmó *à priori*  
lo mismo que me dijo *à posteriori*:  
—Si hubiera sido cosa del oído,  
ya la tierra le habría á usted comido;  
esto ha debido ser algún derrame

de sangre en el cerebro;  
cualquier arteriolilla que se inflame  
se habrá roto, y no más.

—Pues lo celebro  
porque así no he de darle malos ratos.  
—Enfermos como usted son siempre gratos.

Aquella misma tarde,  
de mis fuerzas haciendo expuesto alarde,  
volví á casa de Hauser,

—¡Imposible!—  
con voz me dijo bien inteligible.  
Si lo que dice Tapia fuera cierto,  
ya estaría usted muerto.  
¡Cómo! ¿Sin más ni más se abre una vena  
y nos riega el cerebro la hemorragia  
y esa sangre se va como por magia  
y así se elude la mortal condena?  
¡Está bien! Lo que yo saber quería  
es si lesión en el oído habría  
que explicara la cosa;  
si no la hay, lo demás es cuenta mía.  
Y receta me dió anti-albuminosa.

—Pues, Señor, estoy fresco,  
dije yo para mí. Dos grandes sabios,  
de lo más sabio que hay en nuestra tierra,  
sin pizca de saber faramallesco,  
con la muerte me dejan en los labios;  
pues, si el uno me mata, otro me entierra.

¿Qué es lo que yo he tenido?  
¿qué es lo que tengo yo? Nada se sabe  
sino que es una cosa larga y grave.  
El caso es que del trance yo he salido,  
aunque víctima sea todavía

del atentado que intención traidora,  
cual la que á todo ingrato vil devora,  
en manos de la muerte me ponía.

### XXVI.—El microbio político.

Este episodio se reserva, por ahora; pues de su publicación podría resultar grave mengua para ciertos personajes que están comiendo, descuidados, á la mesa del Presupuesto; y no quiero turbarles la digestión. Claro es que no han de agradecerme este favor, como no me agradecieron otros; pero... ¡yo soy así! En algo he de distinguirme de esos tragaldabas, sin corazón y sin conciencia.

### XXVII.— Otro Viernes de Dolores.

#### Desgracia con Gracia.

El mal siguió su curso el año doce,  
sin grandes retrocesos;  
pero tampoco hacía más progresos  
y siguió el cuerpo sin mayor destroce.  
Y vino el año trece;  
y, á principios de Marzo, molestado  
por algo que sintiera en el oído  
(quien desprecia el peligro en él perece)  
y un tantico escamado  
por lo antes ocurrido,  
á Tapia volví á ver. Reconocióme  
y un escondido pólipo sacóme  
de la nariz; y en el oído medio

otro pudo pescar. Si se les deja  
y no pongo remedio,  
me quedo sin nariz y sin oreja.  
Son los microbios gente de cuidado  
y es fuerza vigilar sus travesuras,  
pues, cogiéndole á uno descuidado,  
le vuelven loco con sus mil diabluras.

Yo estaba muy dolido  
de la invasión polipia del oído,  
que del pus empeoraba los humores;  
y, por ver si avanzaba mi mejora,  
acordamos que el Viernes de Dolores  
saldríamos de casa á buena hora  
para llegar temprano á Guadarrama;  
pues la Semana Santa allí pasando  
todos no poco iríamos ganando.  
El jueves se avisó por telegrama;  
pero, á las once y media,  
á poco de meterme yo en la cama,  
de otra nueva tragedia  
que hay que agregar á la ya larga lista  
mi pobre cuerpo fué protagonista.  
Sin preludeo ni prólogo ni aviso  
y, como es natural, sin mi permiso,  
siento helarse mis huesos  
cual si agujas de hielo los pasaran  
y hasta el tuétano mismo me llegaran,  
con comezón cual de embrujados besos  
que, haciéndome cosquillas,  
los nervios al sacar de sus casillas,  
me ponían tan fuera de mí mismo  
que llegué del sufrir al paroxismo.  
Tuve la gran fortuna

de que, en la misma casa, un entresuelo  
ocupaba el Doctor Alvaro Gracia  
que, sin molestia alguna,  
tomando el ascensor, alzó su vuelo  
y vino á examinar mi cara lacia.  
Es el Doctor un tipo almibarado,  
siempre azúcar en punto,  
joven, rubio, elegante, perfumado.  
Para pasar, de vivo, á ser difunto  
da gusto un hombre así tener al lado...  
¡cuánto más no dará, si está uno muerto  
y resucita gracias á su acierto!  
Tiene gracia el Doctor en las maneras;  
tiene gracia en la voz y en los andares;  
tiene gracia en la boca y las ojeras;  
tiene gracia en el frac y en las pecheras;  
y gracia, si se sienta fatigado;  
y gracia, si está en pié, digno y erguido;  
y gracia, en casa, en *negligé* cuidado;  
y gracia, fuera, siempre bien vestido;  
y gracia, donde esté, de cualquier modo;  
pues, por gracia tener, la tiene en todo  
y hasta lleva la Gracia en su apellido.  
¿Cómo no ha de tenerla cuando cura  
ya una embolia ya simple calentura?  
Tan fluída, además, es su elocuencia  
que, al admirar, cuando habla, su gran ciencia,  
queda uno encantado  
de la galana forma que reviste  
cuanto dice, buscándole el consiste  
al mal que en nuestro cuerpo se ha fijado.  
Antes de que subiera,  
botellas de agua hirviente me pusieron

y tila y azahar tomar me hicieron,  
sin que á mis huesos el dolor volviera.  
Entró el Doctor: de la Ópera venía  
y su impecable indumental lucía.  
Me escuchó, me auscultó, me tomó el pulso,  
me habló para inspirame confianza,  
mandó que, sin tardanza,  
por calmar de mis nervios el impulso,  
tomara una mixtura antiespasmódica  
y me dejó entregado á la esperanza;  
la esperanza no más, cosa harto módica;  
pero que el pobre enfermo necesita  
para su cura hacer más expedita.

¡Qué Viernes de Dolores;  
qué quince días los que estuve en cama,  
en vez de las primicias de mis flores  
que pensaba gozar en Guadarrama!  
Aquello no era vida: era un martirio,  
un infierno lapón, inverosímil,  
algo que en nuestra lengua no halla símil,  
con hambre, insomnio, sed, miedo, delirio,  
dando incesantes brincos en el lecho  
sin poderme estar quieto ni un instante,  
con habones la espalda, talle y pecho,  
y la garganta seca y humeante.

Pero, de todo aquello, lo insufrible  
era aquel frío horrible  
que me helaba los huesos  
junto al brasero ardiente  
que quemaba mi frente  
y hacía hervir la sangre en mis diviesos.  
Yo he leído que, allá en el polo Norte,  
es tan atroz el frío que se siente

que, al coger el cañón de una escopeta  
ó al tocar de un cuchillo el férreo corte,  
se sufre una impresión de quemadura  
como aquel que, en sus dedos, torpe, aprieta  
un tizón, por apuesta ó por locura.

Pues bien: si yo intentaba  
una copa, tazón ó cucharilla  
en mi mano coger, con una astilla  
encendida mi mano tropezaba.

### XXVIII.—Ossobios y cerebrobios.

¿Qué era aquello? Los pícaros rinobios  
que, siempre maquinando  
mi perdición, no ya con los otobios,  
sino con los conspicuos cerebrobios,  
contra mi vida estaban conspirando;  
y, cuando los malsines  
no lograban sus fines  
por este ó por aquel procedimiento,  
buscaban otro por lograr su intento.

En sus expediciones,  
dieron cierta mañana  
con una inacabable caravana  
que asomaba por todos los rincones  
del corte que hizo Tapia en mis narices  
para operar mejor. Cual cosa nueva  
contemplaban mis muchas cicatrices  
y cual chico que, hallando fresca breva,  
se relame de gusto al ingerirla,  
así los tales bichos se atracaban  
de los residuos óseos que encontraban  
dejados por la esquiria.

Viendo tal los sagaces cerebrobios,

—¿Quiénes sois?, preguntaron.

—Los sabios nos apodan los ossobios,  
ingenuos contestaron.

—¿Dónde vivís?

—Vivimos en los huesos.

¿Y vosotros?

—Nosotros en los sesos.

—¡Buen país!

—¡Excelente!

Con vistas á la frente  
y rico en alimentos sustanciosos  
tan blandos y jugosos  
que se comen sin que haga falta un diente.  
—¡Qué diferencia! Todo lo contrario  
de nosotros, que echamos los colmillos  
al nacer y pasamos el calvario  
de la vida afilando sus cuchillos;  
todo para roer un pobre hueso;  
y eso, cuando está el hombre patitieso;  
pues, mientras no se pudre, es una gente  
que no hay quien la hinque el diente.  
—¡Infelices! Nosotros ignoramos  
lo que es el hambre; pues nunca la pasamos.  
Y, si además tenemos la fortuna  
de vivir en los sesos de un poeta...

¡qué banquetes nos damos!

Las noches que hace luna, porque hay luna;  
si el alma inquieta está, porque está inquieta;  
si hay tempestad, por el fragor del trueno;  
si hace sol, porque el tiempo está sereno;  
si hay salud, por lo buena que es la vida  
si no la hay, por lo triste y aburrida;

cuando el dinero sobra, porque sobra;  
cuando falta el dinero, porque falta;  
    el poeta, en su obra,  
todo, con rica fantasía, esmalta;  
    al lado de las flores,  
sólo percibe aromas y colores;  
en una catedral, los chapiteles  
son fósiles plegarias de los fieles;  
    junto al mar, se entusiasma  
con el ruido y la espuma de las olas;  
    en el bosque, se pasma  
con sus mil perspectivas y umbriolas;  
ante un nido de pájaros, se queda  
cual con sus huevos se quedaría Leda;  
    y así siempre y con todo;  
todo en su fantasía halla acomodo;  
si se trata de nieblas... «¡oh, la bruma!»  
si se habla de cascadas... «¡oh, la espuma!»  
Vicios, virtudes, hechos ó ilusiones,  
todo es tema de hermosas creaciones.  
—¡Qué bien os explicais! ¡Da gusto, chicos!  
Nosotros no salimos de borricos.

—¡Ya veis! Andando en brega  
con estos hombres, algo se nos pega.  
Como dicen que tienen tanta enjundia,  
les sacamos siquiera la facundia.  
El poeta ante todo se divierte  
y todo en poesía lo convierte:  
Si se triunfa, es un himno ó una oda;  
si se pierde, se gana una elegía;  
brota un epitalamio de una boda  
y una sátira da cualquier falsía.  
Es un taller donde jamás hay huelga:

siempre la chimenea echando humo,  
siempre la prensa destilando zumo,  
y la uva á la cuba ó á la cuelga.  
Cuando llega la noche y, al descanso,  
el mundo entero, con delicia, pasa,  
la razón se adormece, y hace el ganso,  
vigilante, la loca de la casa;  
y sigue la labor con mayor brío,  
y la dinamo fuerza la corriente,  
y se arma cada lío  
que no hay *cine* más vario ni atrayente.  
Y, es claro, con tantísimo trabajo,  
las células se gastan por millones  
y tenemos manjares á montones  
en los sesos de arriba y los de abajo;  
y, ardiendo siempre el fósforo sin tasa,  
de fiesta estamos siempre en nuestra casa.  
—Pero ¡eso es Jauja!

—¡Jauja! ¡Ya quisiera  
ser Jauja así!

—¡Mirad! Nos dais dentera.  
Ved cómo estais poniéndonos los dientes  
con cuadros tan sabrosos y elocuentes.  
Y los pobres ossobios  
dejaban que la baba les cayera,  
con media lengua fuera,  
como en día de boda están los novios.  
—Es verdad que no hay carne, es todo espuma;  
añadfan los listos cerebrobios;  
pero espuma de sesos, deliciosa,  
de todo jugo sustancioso suma  
que hace la vida cosa apetitosa.

Y son tan tontos estos majaderos  
que se llaman poetas  
que podrían hartarse de pesetas  
papel haciendo de oradores hueros,  
ó escribiendo en los graves rotativos,  
ó poniendo minutas de abogados,  
ó siendo en la política unos vivos;  
y prefieren á todo, con simpleza  
tan sólo igual á la del hombre honrado,  
romperse, haciendo versos, la cabeza;  
siempre se están soñando con la gloria,  
que es la salsa de nuestra pepitoria.

Todo por darse pote  
de que hacen el Quijote,  
como si el buen Alonso de Quijada  
no hubiera muerto loco sin ser nada.  
El caso es que nosotros nos hartamos,  
gracias á tal manía;  
la tripita llenamos  
y el que quiera reirse, que se ría.

—¡Quién fuera cerebrobio!  
decía con envidia el jefe ossobio:  
Nosotros sin comida nos pasamos,  
pues, cuando no hay ayuno, hay abstinencia;  
y, cuando alguno pierde la paciencia,  
se muere; y, por amor, lo merendamos.

Son los huesos tan duros  
que sólo entre la tierra están maduros.

La suerte que tenemos  
es que, si no comemos,  
durmiendo se nos pasa nuestra vida  
y hace el sueño las veces de comida.

—¡Qué horror!... Pues se me ocurre

una cosa: decidme, ¿no os aburre tanto dormir?

—Un poco.

—Y ¿cómo andamos de calor?

—Helados siempre estamos.

—A ver: dame la pata.

—Choca, y verás.

—Teneis sangre de horchata.

—Sin chufas; pero helada.

—Pues haciendo

lo que os voy á decir, punto por punto, hareis de un cuerpo vivo otro difunto; y, con eso, es seguro ireis comiendo.

—¡Habla pronto!

—Escuchad, amigos míos; que á prueba á poner voy si teneis bríos:

Es cosa bien sabida

que quien debe su vida,

su posición ó su salud á otro

está siempre en un potro,

en un tormento atroz, inaguantable,

si pronto no revienta al que se arrima

esa carga quitándose de encima;

pues nada existe más insoportable

que el agradecimiento abominable.

¿Estais conformes?

—Hablas como un libro.

—Así á lo menos, siento, pienso y vibro.

Pues bien: esto sentado

en nombre de los hartos cerebros,

propongo á los famélicos ossobios  
que den su sueño atroz por terminado  
y que, en lugar de estarse quietecitos,  
fiando en que la muerte descomponga  
los huesos y los sirva cociditos,  
cada cual, sin más trámites, se ponga  
á correr de alto á bajo por los huesos,  
sus células pinchando como puedan;  
á ver si, de ese modo, helados, tiesos,  
sin calor ni energía, muertos quedan.  
—¡Muy bien; muy bien!

—Nosotros, en los sesos  
secundaremos bien vuestro trabajo  
y haremos lo posible  
para, al volverle loco, hacer factible  
que estalle por arriba ó por abajo.

Y esa fué la tramoya bien hurdida  
para acabar más pronto con mi vida;  
y, por eso, sentí helarse mis huesos  
con pinchazos de agujas congeladas,  
y revueltos mis nervios y mis sesos  
y todas mis arterias abrasadas.  
Pero mis bravas huestes leucocitas,  
por Dios y el Doctor Alvaro ayudadas,  
destruyeron las hordas ossobitas.  
Y así pude dejar el triste lecho,  
testigo y compañero de mis cuitas,  
con mis brincos maltrecho;  
y, á mi cátedra vuelto de la cama,  
terminar mis lecciones;  
y venir á mi hotel de Guadarrama  
á pasar el verano,  
en verso á traducir mis impresiones

y á ponerme más sano  
 para aplastar parásitos y ratas,  
 para que rabien más esos hambrones,  
 bribones de dos pies ó muchas patas,  
 que esperan mi cadáver impacientes  
 por comerse mi sana y noble herencia;  
 pero que han de probar antes mis dientes  
 clavados hasta el fondo en su conciencia,  
 contemplándose en esta *Polipiada*  
 tales cual son: ignominiosos entes,  
 asco y desprecio de la gente honrada.

#### XXIX.—Final.

¡No quiero proseguir! Doy por sentado  
 ¡oh microbios tenaces!  
 que, pues nunca es posible hagamos paces,  
 me enterrareis, al fin; y está acabado.  
 Cinco años cuenta ya tan larga historia  
 y es hora de acabarla;  
 que pareciendo va vuelta de noria  
 y quiero terminarla,  
 pues, si cada episodio es diferente,  
 todo, al fin, se reduce  
 á un «¡ay, ay, ay!» si muero ó si no muero  
 y esto cansa á la gente  
 y hastío me produce  
 y aquí, por tanto, terminar prefiero.  
 Sucumbir por anemia ó pulmonía,  
 nefritis, hepatitis, meningitis  
 ó cualquier otra—itis  
 tiene que suceder... el peor día.  
 Dios así lo ha dispuesto

y lo doy por supuesto;  
y, como sé teneis la innoble suerte  
de ser un instrumento de la muerte,  
seais estreptococos,  
bacterias ó bacilos ú otros cocos,  
pues así á Dios le plugo,  
me entrego como el reo á su verdugo.  
Mas no creais, por eso, que me rinda  
ni de afirmar mi voluntad prescinda  
de vivir más que nunca  
aunque tengais dispuesta mi espelunca.  
¡Que «me vais á enterrar!» ¿Y qué? ¡Bodoques!  
¿Qué creéis que enterrais? ¡Una piltrafa!  
¡Mi vestido más viejo!  
¡tan lleno de zurcidos y retoques  
que, por hondo que caiga, no se chafa!  
¡Como que es mi pellejo,  
hecho criba por vuestra infame guerra,  
el que vais á envolver en cal y tierra!  
Sois más torpes que un pato  
y haceis lo que el famoso mentecato  
que, teniendo un tesoro,  
la gallina mató de huevos de oro.  
Si vivir algún tiempo me dejárais,  
comida con mi vida asegurarais;  
mas preferís matarme y ahí os dejo,  
harto de defenderme, mi pellejo.  
Engullidlo; atracaos; mis entrañas,  
trocad en pulpa hedionda  
y, unidos á otras viles alimañas,  
ni aun mis huesos dejeis, hecha su monda.  
¡Cómo me haceis reir! Envanecidos,  
creéis glorioso triunfo haber logrado

y no veis que ese triunfo os ha costado  
veinte ejércitos bravos y aguerridos  
y cien generaciones  
de microbios contados por millones.  
¡Vaya un triunfo! ¡Podeis envaneceros!  
¡Yo solo contra todos! ¡Majaderos!  
¡Y hasta os habeis aliado con la Muerte  
para hacer de mi cuerpo polvo inerte!  
Y no contamos lo que aún os falta  
para acabar conmigo;  
pues esto de entregarme que aquí os digo  
es un decir que mi poema esmalta:  
yo no me entrego nunca al enemigo;  
hay tela todavía  
para en solfa poner os muchos veces  
en prosa y poesía,  
hasta del cáliz apurar las heces;  
y para descubrir vuestras maldades  
y para reventaros inclusive;  
que alientos tengo, si mi cuerpo vive,  
aunque viva entre cien enfermedades,  
para aplastaros cuantas veces quiera,  
que pocas no serán hasta que muera.  
Y lo haré sin ningún remordimiento;  
que no es aplastar víboras pecado  
sino merecimiento,  
cual lo es cortar las manos al malvado.  
Y no por necio afán de ruín venganza  
sino por evitar daños mayores,  
como el garrote siega la esperanza  
del criminal que sueña actos peores,  
aunque él, en sangre tinto,  
vosotros, entre pus y moco envueltos,

y otros, á toda vil acción resueltos,  
digais que obedecéis á vuestro instinto.  
Sois todos una raza fementida  
que merece del mundo ser barrida.

Lo malo es que la raza  
del ingrato, de eterna tiene traza.

Pero no discutamos  
por siglo más ó por minuto menos:  
conmigo acabarán vuestros venenos  
y, al fin, me matareis... ¡en eso estamos!  
Pinchad, hendid, rasgad; ya es cosa vuestra

este montón de escombros,  
de mi vida terrestre digna muestra;  
separad mi cabeza de mis hombros,  
descarnad bien mis huesos,  
rebuscad en mis sesos

la red por donde fluyen mis ideas  
y roedla hasta dar con aquel hilo  
que, por sendas ignotas isoteas,  
(¡dispensad el enigma del estilo!)  
une la voluntad al pensamiento.

Si lo cortais, podreis cantar victoria  
y hablar de vencimiento.

¿A que no dais con él? En mi sesera,  
el archivo hallareis de mi memoria  
con miles de noticias é impresiones  
de mi existencia entera;

las circunvoluciones  
de mi cerebro encierran á millones,  
á modo de los discos de un gramófono,  
(¡qué barbarismo, cielos!) de un grafófono,  
huellas de cuanto he visto y he pensado,  
gustado, oído, olido y aun soñado;

todo lo que he aprendido,  
todo cuanto he gozado,  
todo cuanto he sufrido.  
Mucho ese archivo estimo de mi vida,  
pues mucho me ha servido  
y es mi alma agradecida;  
pero hay que resignarse  
y me resigno á verlo destruído,  
rompiendo así los lazos que el pasado  
ligan con lo futuro... ¡Hay que aguantarse!  
¡Tiempo habrá de admirarlo renovado!  
Mas ¿creeis que, por eso, ha terminado  
todo ya? ¡Qué torpeza!  
Podreis hacer papilla mi cabeza;  
polvo, mi corazón; lodo, mis huesos;  
y pavesa, mis músculos y sesos;  
pero el hilo que os dije, ni aun guiados  
por los materialistas  
más sabios que la tierra ha producido  
y en la ciencia han logrado más conquistas,  
encontrareis jamás... ¡Nunca ha existido!  
¡Ahí teneis mi mortaja!  
¡Ya está lista mi caja!  
¡Ya me podeis llevar al cementerio  
con mi equipo más fúnebre y más serio!  
Pero ¿o... ¿lo entendeis?... ¿o me emancipo  
é íntegro me incorporo al Arquetipo.  
Porque ¿o... no soy esa podredumbre  
que os servirá de opíparo banquete;  
esos... son mis harapos,  
eso... es sólo mi herrumbre;  
con eso,... pago de Caronte el flete;  
que un óbolo bien valen mis guiñapos.

*Yo...* soy algo más noble que esa escoria  
que, al venir á la tierra,

me dieron, para ver si de esta guerra  
he de salir con vilipendio ó gloria.

*Yo...* soy mi *voluntad*, incoercible;

*Yo...* soy mi *pensamiento*, imponderable;  
y eso... no es comestible,

como que no es materia, miserable,  
sino espíritu, fuerza indestructible;

algo divino, que de Dios emana,

y vive en Dios y á Dios, cual Cristo, vuelve,  
la cruz llevada de esta vida humana

en que toda amargura nos envuelve;

la causada por vuestras morderuras,

que vuestra hambre disculpa y justifica,

y otra mayor que, si la envidia explica

de humanas criaturas,

nada disculpar puede, si es que el hombre

llevar merece de hombre el noble nombre.

Y es que, como hay microbios que hacen presa  
del cuerpo, otros microbios, sus rivales

(las pasiones se llaman) van al alma;

y, si aquéllos del cuerpo hacen pavesa,

éstos fabrican tósigos mortales

turbando del espíritu la calma.

Al frente de unos hay jefes sin nombre

y de otros es el jefe el Enemigo,

Luzbel ó Satanás, que halla su abrigo,

expulsado del cielo, aquí en el hombre.

Él es, él, el Rebelde, quien infunde

la envidia que consume donde prende

y al envidiado, entre sus llamas, hunde;

él quien la ira, en la mirada, enciende

trocando en monstruo celestial belleza  
y su boca manchando con la injuria;  
él el *dolce far niente* diviniza  
y nos sumerge en la letal pereza;  
él aviva el ardor de la lujuria  
y las almas astuto sataniza  
su soberbia infiltrándolas con furia.

El nos busca enemigos  
que nos infundan odios y rencores;  
él nos presenta fáciles amigos  
que nos son desleales y traidores;  
y no perdona medio  
de arrojar en el alma la semilla  
de toda ruin pasión, de todo tedio  
que la haga del Infierno ardiente astilla.  
Pero yo le conozco y sé sus mañas  
y sus tiros en mi alma no hacen mella;  
no logran seducirme sus patrañas  
y su tesón en mi tesón se estrella.

Me dará desazones,  
pesares y disgustos,  
penas, tribulaciones,  
tentaciones y sustos,  
como los cerebrobios  
y todos los microbios corporales,  
los otobios, ossobios y rinobios,  
me producen dolores materiales.  
Pero... ¡entendedme bien lo que aquí os digo!  
¡Ni unos ni otros jamás podreis conmigo!  
Podréisme aguar la fiesta de la vida,  
(si es que en la vida hay fiestas);  
pero como esta vida es un instante,  
junto á la eternidad, y una guarida

este mundo que tanto y tanto cuesta,  
¡Suframos y... adelante!  
que el sufrir purifica y ennoblece  
y quien sabe sufrir, premio merece.

Os llevais un gran chasco,  
si creéis con la muerte darme un susto;  
á mí... no me dais miedo; me dais asco  
y, por no veros, moriré con gusto  
después de haberos puesto en la picota  
y, en el pecho, clavado infame nota.

En lo que tengo empeño  
y es lo que turba mi angustioso sueño,  
es en salvar mi alma.

En las manos de Dios pongo su suerte;  
y venga ya lo que llamais la muerte;  
y vaya al cielo mi alma con su palma.

—

Sólo me resta, ¡oh Dios!, agradecido  
por haber acabado,  
escribir un *¡Laus Deo!*—He concluído  
y mi poema doy por terminado.  
Y, mi pluma al dejar sobre la mesa,  
pido ruego por mí Santa Teresa.

(Guadarrama-Madrid, 1909-1913).





## ÍNDICE

### Sección 3.<sup>a</sup>: Llorando.

1.—A la muerte de mi amigo Agustín Solís .....	14	Versos.—	Página. 309
2.—La guerra civil.....	98	>	310
3.—¡Rogad por ella!.....	4	>	313
4.—A un amigo muerto.....	14	>	314
5.—Los ecos de la conciencia.	247	>	314
6.—La maldición.....	114	>	324
7.—¡Sin madre!.....	12	>	329
8.—Lamentos.....	30	>	330
9.—A Cervantes.....	97	>	331
10.—La ausencia.....	85	>	335
11.—El adiós del desterrado..	145	>	338
12.—El máscara roja.....	122	>	345
13.—¡Todo negro!.....	14	>	351
14.—Hora triste.....	16	>	351
15.— <i>Sic transit</i> .....	16	>	352
16.—La muerte de una ilusión.	24	>	353
17.—A una madre, con motivo de la muerte de su hija.	12	>	354
18.—Impresiones....	18	>	355
19.—A la abuelita, con motivo de su muerte.....	14	>	356
1.096			

### Sección 4.<sup>a</sup>: Riendo.

1.—La maja .....	14	Versos.—	Página. 359
2.—La virtud.....	14	>	359
3.—Epigrama.....	13	>	360
4.—El amor.....	14	>	361
5.—El tabaco.....	14	>	361
6.—El oro.....	14	>	362
7.—¿Quién miente más?.....	118	>	363
8.—Entre sombras.....	35	>	367
9.—Ensayo de un Código pe- nal.....	160	>	369
10.—A cuentas.....	64	>	375
11.—En el album de la señorita Pura Montero.....	156	>	377
12.—Epístola.....	56	>	383

II

13.—Circular de un soltero...	70 Versos.—Página.	385
14.—Felicitación.....	110 » »	398
15.—Rarezas de superhombre.	147 » »	392
16.—En las aguas de «Fuente del Caño», de Babila- fuente.....	556 » »	398
17.—Los cabos.....	76 » »	416
18.—Transformaciones.....	41 » »	419
19.—Poesías y ritmos moder- nistas.—Prólogo.....	4 » »	420
I.—Ritmo «dernier cri»..	8 » »	421
II.—La cuchipanda del abalorio.....	34 » »	422
III.—Un dolor de... malas.	60 » »	423
IV.—A pequeñas causas, grandes efectos.....	26 » »	426
V.—Visión helénica.....	20 » »	428
VI.—Tragedias glaucas..	23 » »	429
VII.—Entre españoles netos.....	22 » »	430
VIII.—Armonías de fon- do y forma.....	28 » »	431
IX.—El corte chino del verso.....	128 » »	433
20.—Cantares.....	98 » »	439
21.—Proverbios caseros.....	36 » »	444
22.—Sacrilego y parricida.....	941 » »	447
23.—A D. Julián Calleja.....	245 » »	479
24.—Estaba escrito.....	24 » »	492
25.—Las patatas de Lope.....	218 » »	493
26.—¡Siempre tú!: Parodia....	45 » »	501

B. 632

Apéndice: La Polipiada.

Dedicatoria.....		509
Prólogo.....		511
I.—Mi propósito.....	20 Versos.—Página.	515
II.—Lo que queda todavía...	50 » »	515
III.—La hipertrofia.....	53 » »	517
IV.—Los microbios y el Doc- tor García.....	48 » »	519

V.—Realismo, feísmo y hermosismo.....	103	Versos.—Página.	520
VI.—¿Pólipos?.....	28	»	524
VII.—Ardid de Guerra.....	47	»	525
VIII.—No hay pólipos.....	54	»	526
IX.—La neuralgia facial.....	54	»	528
X.—Sí, hay pólipos.....	110	»	530
XI.—Pánico y reacción.....	62	»	534
XII.—Rotura de la arteria....	271	»	536
XIII.—Proyectos testamentarios.....	248	»	545
XIV.—La noche terrible.....	258	»	552
XV.—El complot y la explosión.....	162	»	560
XVI.—La elección de médico.	377	»	565
XVII.—La consulta.....	194	»	577
XVIII.—Intermedio.....	134	»	583
XIX.—¡Abajo tabiques!.....	161	»	587
XX.—El sitio de Polipópolis.	189	»	592
XXI.—La voluntad y el dolor.	262	»	598
XXII.—La toma de Polipópolis.....	52	»	606
XXIII.—De Tapia á Galicia.	140	»	608
XXIV.—El Viernes de Dolores.	266	»	612
XXV.—El mal incógnito.....	147	»	620
XXVI.—El microbio político.		»	625
XXVII.—Otro Viernes de Dolores.....	121	»	625
XXVIII.—Ossobios y cerebrobios.....	214	»	629
XXIX.—Final.....	239	»	636

Este libro, cuya publicación es obsequio amoroso á la  
honorable memoria y al ingenuo deseo de su autor,  
en la primera fecha aniversaria de su muerte,  
nunca bastante llorada, por más que sus  
deudos y amigos riegan con incesantes  
recuerdos la siempreviva del acen-  
drado cariño de que tan digno  
supo hacerse, acabóse de  
imprimir en la imprenta de  
Rafael Gómez-Menor,  
en Toledo, el día  
17 de Octubre  
del año  
1915







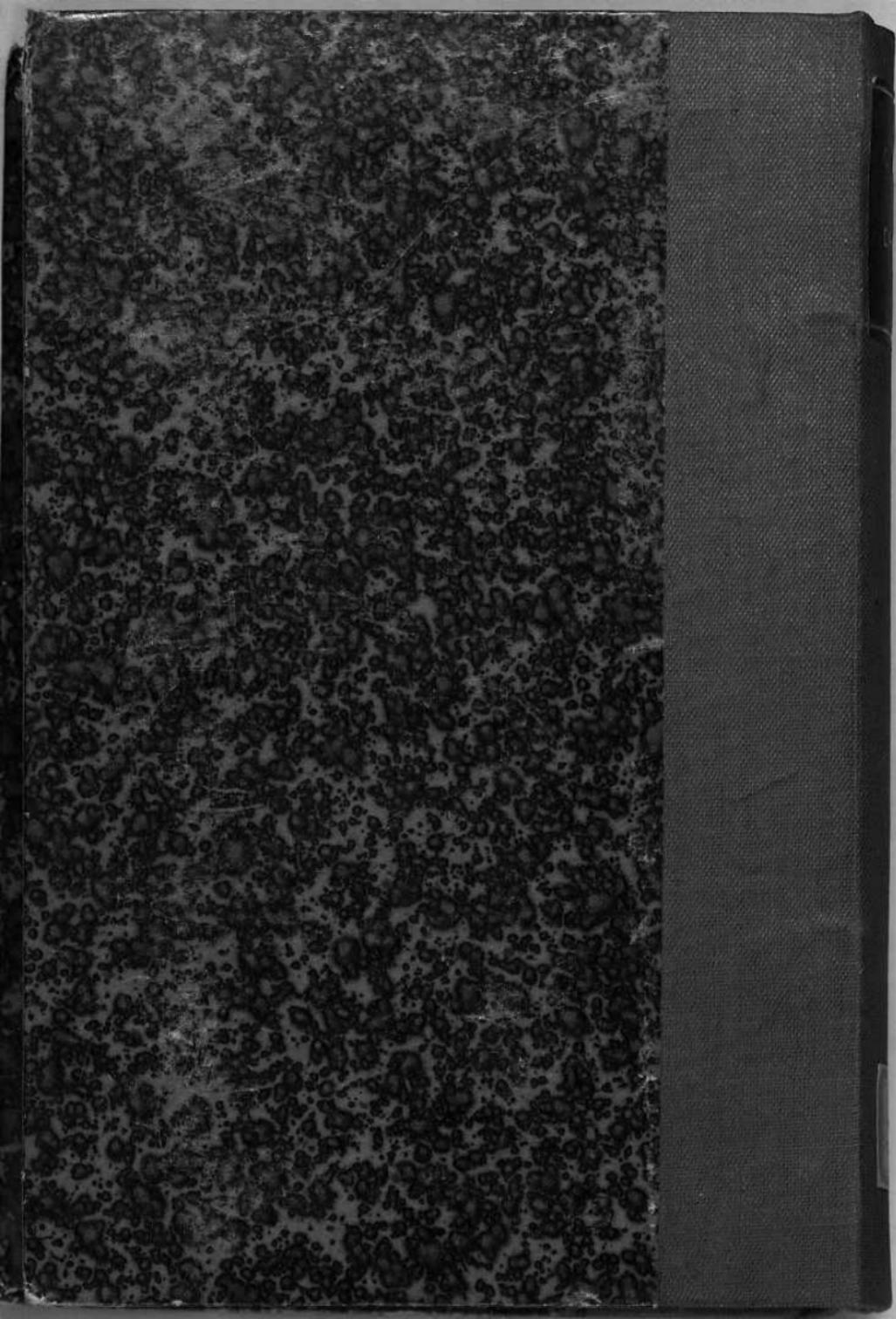
# MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

## BIBLIOTECA

Pesetas.

Número..	55	Precio de la obra.....	.....
Estante...	49	Precio de adquisición .....	.....
Tabla ....	9	Valoración actual.....	.....

Número de tomos.. .....



COLECCIÓN

DE POESÍAS

2

55.